

Álvaro mutis : biblioteca mental y biblioteca material en "empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero

Autor(en): **Peñate Rivero, Julio**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **53-54 (2007)**

PDF erstellt am: **17.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-270526>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

ÁLVARO MUTIS:
BIBLIOTECA MENTAL Y BIBLIOTECA MATERIAL
EN *EMPRESAS Y TRIBULACIONES*
DE MAQROLL EL GAVIERO

El Gaviero era, eso sí, un lector empedernido. Un incansable devorador de libros durante toda su vida. Éste era su único pasatiempo y no se entregaba a él por razones literarias sino por necesidad de entretener de algún modo el incansable ritmo de sus desplazamientos y la variada suerte de sus navegaciones.

Álvaro Mutis, *Amirbar*¹

Introducción: bibliotecas, libros y lecturas

Entre las diversas variantes que la noción de *biblioteca* puede acoger, retendremos aquí las que mejor parecen corresponder al protagonista de la serie de las siete novelas objeto de este ensayo: apreciaremos así tanto la especificidad de la biblioteca maqrolliana como sus relaciones respecto a las demás analizadas en la presente entrega de *Versants*. Según sugiere el texto reproducido en el epígrafe, Maqroll es un viajero impenitente al que hallamos enredado,

¹ Todas las referencias a la serie novelística de Maqroll estarán sacadas de la edición siguiente: Álvaro Mutis, *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*, vol. I (*La Nieve del Almirante, Ilona llega con la lluvia, Un bel morir*) y vol. II (*La última escala del Tramp Steamer, Amirbar, Abdul Bashur, soñador de navíos, Tríptico de mar y tierra: Cita en Bergen, Razón verídica de los encuentros y complicidades de Maqroll el Gaviero con el pintor Alejandro Obregón, Jamil*), Madrid, Siruela, 1998. Este epígrafe se encuentra en el volumen II, p. 181.

con frecuencia sin buscarlo, en las más diversas aventuras marítimas y terrestres por Europa, Asia y América del Norte, del Sur o del Caribe. Además, en su caso el motivo y el interés del viaje se suelen cifrar mucho más en el desplazamiento mismo que en el resultado final de la empresa, el cual con frecuencia le deja indiferente.

El Gaviero viene a ser un errante vocacional cuyo principio dinámico es la experiencia que el viaje le procura. Por consiguiente, la noción de biblioteca en Maqroll no coincide con la habitual de un recinto específico, delimitado y estable, un gabinete o sala destinada a la lectura y conservación de los libros que en ella se encuentran². Corresponde más bien (lo cual es llamativo en alguien que posee una mínima cantidad de textos) a la etimología misma del vocablo (βιβλιοθήκη): un cajón, baúl o estante que contiene cierta cantidad de volúmenes e inversamente, los libros contenidos en dicho recinto. Como veremos más tarde, este «lector empedernido» se pasea por el mundo con una modesta bolsa de viaje en la que incluye cuatro o cinco volúmenes que relee asiduamente: no hay aquí acumulación ni depósito ni catálogo ni espacio destinado para leer. En cambio, sí tenemos selección y vuelta repetida sobre los mismos textos en las «salas de lectura» más inesperadas del planeta. Así pues, conviene distinguir al menos tres integrantes de la biblioteca que nos serán de utilidad para nuestra exposición: conjunto de libros, lugar donde están colocados y espacio destinado a su lectura (el tercer componente da sentido final a los dos anteriores: al facilitar la intervención lectora, convierte en operativa la que sólo era una dimensión virtual del libro).

Estas consideraciones implican descartar la tesis sostenida por Alberto Manguel³ según el cual toda biblioteca es una autobiografía

² Umberto Eco ha apuntado diferentes funciones para este particular espacio (reunir, atesorar, transcribir, hacer leer el libro e incluso ocultarlo): *De Bibliotheca*, Caen, L'Échoppe, 1986, pp. 14 ss.

³ Alberto Manguel, *La Bibliothèque, la nuit*, Arles, Actes Sud/LEMEAC, 2006, p. 180. En su caso particular, esa tesis sí podría ser válida, dadas las generosas dimensiones de su biblioteca personal...

de su propietario. De hecho, páginas más tarde, este mismo autor cuestiona implícitamente su afirmación: nos informa de que la biblioteca de Adolf Hitler contenía más de mil volúmenes de ensayos sobre las artes, otro millar de literatura popular y una notable cantidad de libros de espiritualidad cristiana; parece difícil sostener que tales textos orientaran la visión del mundo de su propietario⁴. Dicha tesis puede, no obstante, ser al menos parcialmente aceptable en la medida en que la lectura coincide con la biblioteca; y este aspecto, la relación posible entre relectura y experiencia de vida, sí nos va a interesar aquí. En efecto, suponemos que la relectura funciona como un denominador común a la multiplicidad de experiencias y lugares recorridos por el Gaviero. Es un factor (no diremos *el factor*) que los une, al menos en el sentido de que los hace posibles: sin la persistencia lectora, difícilmente podría nuestro personaje superar las diversas andanzas y tribulaciones a que le avoca su peculiar existencia.

Esta relación entre lectura y vida es de particular interés en nuestro caso: a pesar de ser el protagonista principal de toda una saga novelística⁵, nuestro personaje mantiene su misterio hasta el final de la serie. Si su país, su familia, su infancia y su juventud nos son casi desconocidos, puede que su cultura libresca nos ayude a revelar su personalidad dado que, si aceptamos la relación antes mencionada, sus lecturas han debido de ayudar a configurarla. A este respecto, y apoyándonos en los estudios de Pierre Bourdieu, conviene precisar dos puntos. En primer lugar, el tipo de cultura de nuestro personaje parece corresponder menos a la escolar (la impuesta por la institución educativa, la común a quienes tienen acceso a ella) que a la llamada

⁴ *Ibid.*, pp. 261 s. Pensemos también, por ejemplo, en las bibliotecas familiares, que no representan forzosamente la personalidad de los herederos respecto a su propietario inicial.

⁵ También lo es de buena parte de la poesía de Mutis (recogida en *Summa de Maqroll el Gaviero: Poesía 1948-2000*, Madrid, Visor, 2002) y de diversos textos en prosa. Se podría decir que la creación de Álvaro Mutis está centrada en este personaje (lo cual le da a la obra del escritor colombiano ese tono peculiar tan apreciado de sus lectores).

por Bourdieu ‘cultura libre’, la extraescolar, la que se adquiere individualmente en libros, música, pintura, cine, teatro, museos, etc., y que forma, revela y distingue la propia personalidad respecto de la de los demás⁶. Ahora bien, como nos indica el epígrafe, la cultura libre del Gaviero está centrada en la lectura muy por encima de las otras variantes; la ha elegido él y, por ese motivo, ha de estar al menos en cierta armonía con su personalidad, con su experiencia y con su visión del mundo: por ello, conociendo sus lecturas, conoceremos, al menos en parte, dicha visión.

El segundo elemento, que va en el mismo sentido del anterior, se refiere al bagaje cultural de Maqroll, a su capital cultural, según la terminología de Bourdieu. Distingue éste tres tipos de riqueza cultural (por modesta que sea), tipos que ayudan a situar a nuestro personaje en este apartado: el capital institucionalizado (títulos, diplomas y certificados académicos, etc.), el objetivado (bienes materiales como cuadros, libros, discos, instrumentos musicales, entre otros) y el incorporado (conocimientos, competencias, disposiciones durables, lecturas, etc.)⁷. A este respecto, destaca la peculiar situación del Gaviero: capital prácticamente nulo en la primera variante, mínimo en la segunda (sólo libros y sólo unos pocos) y muy vasto en la tercera, sobre todo por la intensidad y la amplitud de sus lecturas. Maqroll se desentiende de la acumulación económica (se desprende fácilmente del dinero adquirido en sus empresas, depende con frecuencia de sus amistades y llega a ejercer la mendicidad sin importarle demasiado) así como del capital cultural, excepto del incorporado a través de su inagotable pasión libresca.

En otros términos, en el Gaviero tenemos una muestra perfecta de la necesidad de distinguir claramente entre biblioteca material y

⁶ Pierre Bourdieu y Jean-Claude Passeron, *Les héritiers. Les étudiants et la culture*, París, Minuit, 1985, pp. 30-34.

⁷ Pierre Bourdieu, «Les trois états du capital culturel», *Actes de la recherche en sciences sociales*, N° 30, noviembre de 1979, pp. 3-6. Ver también, del mismo autor: *La distinction. Critique sociale du jugement*, París, Minuit, 2003, pp. 251 s.

biblioteca mental. La primera se refiere a la posesión del libro en cuanto objeto físico, externo, leído o no, inalterable excepto por el deterioro de la conservación (en nuestro caso: los libros contenidos en la bolsa de viaje de Maqroll). La segunda se compone de los libros que, perteneciendo o no a la propia biblioteca material, han sido leídos e incorporados a la personalidad del lector y ahora forman parte de ella: más que de un «tener más», se trata de un *ser distinto*, modificado, aunque sea mínimamente, por el impacto de lo leído. Lo decisivo aquí no es el libro ni el mismo acto de leer sino la impresión que ambos dejan en la sensibilidad del lector. Así pues, la biblioteca mental está hecha de marcas de lectura, de huellas que (al contrario del libro físico) se van modificando con el olvido o con la superposición de otras lecturas y que, además, están condicionadas por la predisposición del lector en cada momento para dejarse impregnar por un ingrediente u otro del libro. La biblioteca mental está hecha de selección, de trazas y de olvidos. Ello explica la conveniencia o la necesidad de volver sobre páginas ya conocidas: cada lectura aporta alguna gratificación por el reconocimiento de lo leído o por una nueva tonalidad ahora descubierta, lo cual justifica que un determinado libro llegue a formar parte entrañable de la biblioteca material del viajero.

La biblioteca en la serie de *Empresas y tribulaciones*

El universo descrito en las *Empresas y tribulaciones* está intensamente connotado por la presencia del libro. El texto de *La Nieve del almirante*, primera novela de la serie, se encuentra en el interior de un libro de historia medieval, adquirido casualmente por el Narrador de la serie (poeta él mismo, amante de hermosos libros, amigo y confidente del Gaviero): casi podríamos decir que toda la saga depende de ese documento, propiedad primero de Maqroll y luego del Narrador. Además, *La Nieve del almirante* es en realidad un diario escrito por el Gaviero durante un accidentado viaje fluvial a través de la selva sudamericana. El mismo Maqroll ha redactado, entre otros textos, el borrador de un ensayo de historia franco-española, que

finalmente no termina y entrega al Narrador⁸. Por otro lado, varias veces encontramos a nuestro protagonista leyendo libros a otros personajes (sus lecturas a doña Empera, la patrona ciega de *Un bel morir*) o funcionando como una auténtica biblioteca oral cuando narra a los tripulantes del barco donde trabaja las bodas de Carlos el Temerario con Margarita de York, releídas por él hasta conocerlas de memoria. Una actividad semejante realizará al contar al pequeño Jamil, su protegido, las entretenidas historias de las cruzadas (ver el último texto de la *summa* narrativa).

El Narrador, por su parte, señala la existencia de otros textos externos a la serie (y a veces los reproduce) que nos informan sobre la vida y posible muerte de Maqroll: es el caso de «Moradas» perteneciente a *Reseña de los Hospitales de Ultramar* y de «Los esteros», perteneciente a *Caravansary*, presentados ambos en el apéndice que sigue a *Un bel morir*. Se trata de libros realmente existentes, escritos y publicados con anterioridad por Álvaro Mutis y que ahora se retoman más bien para cuestionarlos que para aclarar con ellos las circunstancias de la muerte del Gaviero.

Finalmente, toda la serie podría ser vista como un amplio conjunto de materiales reunidos por el Narrador para narrar en forma de libro la biografía de su amigo⁹ (incluso puede que sea él mismo el que haya hecho preceder cada narración de uno o de varios epígrafes alusivos al contenido del relato que sigue: una forma de anunciar su propia biblioteca). Por eso tiene particular relieve que sea el Narrador,

⁸ El hecho aquí indicado aparece en «La visita del Gaviero», último anexo de *La Nieve...*, p.107.

⁹ *Ibid.*, p. 103. Para simplificar nuestra exposición, no entramos aquí en la consideración de la oralidad como una posible biblioteca a través de la cual se transmite (entre otros contenidos) buena parte del patrimonio cultural de un pueblo o de una civilización. Recordemos, no obstante, un caso extremo como el de la biblioteca oral del campo de concentración de Birkenau: para paliar la carencia de textos gráficos, algunos adultos se especializaban en contar a los niños fragmentos de libros aprendidos de memoria (Manguel, *op. cit.*, pp. 221 s.).

él mismo erudito y experto bibliófilo¹⁰, quien decida consagrar una sección especial, el anexo final de *Amirbar*, para describir la pasión lectora de Maqroll y presentarnos su peculiar biblioteca de viaje¹¹. Así pues, nuestro Gaviero es sujeto y objeto de biblioteca: no sólo constituye la suya propia sino que él mismo se ha convertido en materia bibliográfica.

La biblioteca mental

El libro releído forma parte de la memoria y se puede integrar en la personalidad del bibliotecario: ya lo hemos visto cuando Maqroll recrea sus lecturas ante los tripulantes de un barco o junto al pequeño Jamil en el puerto de Pollensa. Por ello conviene recorrer brevemente la biblioteca mental del Gaviero a partir de las referencias presentes en las *Empresas y tribulaciones*. Se trata, pues, de los libros referidos o aludidos en la serie, no de aquellos que Maqroll lleva habitualmente consigo: éstos también forman parte de su biblioteca mental pero constituyen un capítulo aparte dada la frecuencia de su relectura y su influencia continuada en nuestro viajero.

A este propósito, conviene precisar dos puntos. Primero: consideraremos como pertenecientes a la biblioteca mental de nuestro protagonista (y no a la material) aquellos libros que él lee durante sus desplazamientos pero que no forman parte de «los tres o cuatro libros que siempre viajaban conmigo», según él mismo nos confiesa

¹⁰ Incluir en nuestra exposición la gran cantidad de referencias bibliográficas que destila el Narrador a lo largo de la serie no haría más que confirmar la intensa presencia de la biblioteca en la saga maqrolliana. Por ello y por economía de espacio hemos decidido centrarnos en la biblioteca personal del Gaviero.

¹¹ Además del narrador, otro personaje de la serie nos confirma que las andanzas del Gaviero ya circulan en forma de libro: el pintor Alejandro Obregón (por otro lado, admirador y amigo de Maqroll). Así se lo comenta él cuando se encuentran por primera vez: «Pues yo lo conozco a usted –repuso Alejandro–. Su nombre me es familiar. Un viejo amigo mío [se trata del Narrador] ha contado algunos episodios de su vida en libros que andan por ahí con más bien poca fortuna pero que a mí me divierten» (*Tríptico...*, p. 356).

(*Tríptico...*, p. 324), y que serán posteriormente objeto de nuestra atención. Y segundo: no estamos ante una serie de títulos como los que Rabelais inventa en el capítulo séptimo de su *Pantagruel* (inaugurando tal vez la primera biblioteca imaginaria de la literatura moderna). Aquí nos hallamos ante una biblioteca ficcional (como el discurso al que pertenece) pero compuesta de libros preexistentes al universo novelístico, lo cual nos autoriza a entrar en los volúmenes que la componen para comprender la significación que tienen para el Gaviero. Es lo que haremos con los libros preferidos de nuestro personaje.

Libros utilitarios

Una personalidad tan libre e independiente como la del Gaviero difícilmente se ha de plegar a lecturas irrelevantes para su alimento espiritual e incluso se muestra reticente con las que únicamente le aportan una información útil para su sustento o sus aventuras. No extraña por ello que sólo en lo que podríamos calificar como «los márgenes de su biblioteca mental» figuren textos leídos en circunstancias precisas, a fin de informarse de asuntos y de técnicas útiles para alguna de sus empresas. Es lo que sucede con una serie de libros de mineralogía comprados en Martinica cuando proyecta la explotación de unas minas abandonadas (*Amirbar*, p. 100). El propio personaje confiesa el carácter fastidioso de esos textos al decirnos que compensa su lectura con la de otro que sí le proporciona un placer indecible: *Les Guerres de Vendée*, sobre el que volveremos ya que pertenece a su biblioteca viajera.

Sin embargo, en cuanto la curiosidad histórica y humana despunta por el libro, la atención de nuestro protagonista se vuelca sobre él aunque se trate de la *Verídica estoria de las minas que la judería laboró sin provecho en los montes de Axartel*, un texto impreso en 1767, «farragoso, escrito por partes iguales en ladino, español

macarrónico y mallorquín»¹², sin mayor interés en cuanto a la prospección minera pero que describe las peculiares costumbres (entre otras las sexuales) de sus protagonistas y que actualiza en la memoria de Maqroll lecturas pasadas y una experiencia tan intensa como la de su estancia en las entrañas de la tierra (relatada en *Amirbar*). Notemos de paso algo que se verá más intensamente en la biblioteca de viaje del Gaviero: la intensa relación entre libros y experiencia de vida que preside sus lecturas.

Biblioteca de fragmentos

Más que una biblioteca de libros, la mental es una biblioteca selectiva de referencias: especialmente de personajes y de situaciones que impresionan la sensibilidad y se reactivan con ocasión de una vivencia particular o de otras lecturas. Es lo que encontramos en la figura del práctico del barco que lleva a Maqroll río arriba en *La Nieve del almirante*: los rasgos de su cara son tan poco personales que para retenerlos el narrador debe pensar en los de Rigaud-Blandois, siniestro individuo de *La pequeña Dorrit*: el recuerdo de la narración de Dickens permite al Gaviero fijar con mayor nitidez en su memoria la imagen de un personaje que acaso habría desaparecido de ella dado su escaso relieve (paralelamente, el recuerdo del personaje viene a ser una actualización del libro y de su lectura).

En cuanto a situaciones concretas, en un protagonista con tantos paralelismos quijotescos es «inevitable» citar un breve pasaje en que la placidez del lugar le invita a evocar la novela cervantina. En el trayecto hacia la mina que se propone explorar, Maqroll hace un alto mientras espera a Eulogio, su criado y guía (cuyo buen juicio recuerda al fiel servidor del caballero manchego):

¹² *Amirbar*, pp. 177 s. El libro «está firmado por un tal Shamuel de Córcega». El Gaviero incluso reproduce textualmente (hecho único en toda la serie) un fragmento que resume el contenido de dicha obra (pp. 178 s.).

Al llegar al claro del bosque, tuve una sensación de alivio y de nuevo la impresión de penetrar en un ámbito con reminiscencias clásicas. Esa noche, al pensar en ello, me di cuenta de que el lugar me recordaba esos apacibles remansos a la orilla de los cuales Don Quijote dialogaba con Sancho evocando las doradas edades de un pasado legendario. Poco después de mi arribo apareció Eulogio. (*Amirbar*, p. 112)

Estos dos ejemplos muestran que el recurso a la literatura viene a ser para el Gaviero un medio eficaz para describir un elemento de la experiencia concreta pero, al margen de esa eficacia, nos interesa el mero hecho de que se refiera a la ficción para «ver» mejor la realidad: además de sugerir un cierto capital cultural en nuestro personaje, ello indica que Maqroll está impregnado de lecturas literarias¹³ y, sobre todo, que de algún modo confía en su pertinencia para afrontar la vida. Importa destacar este punto desde ahora ya que, como veremos luego, la biblioteca de viaje del Gaviero se compone básicamente de libros sobre temas históricos: ello no impide un gran interés, sensibilidad e incluso terminantes juicios de valor a propósito de obras y de autores literarios como el que hace al Narrador sobre Georges Simenon:

–Es el mejor novelista en lengua francesa después de Balzac–. No pude menos de recordarle que algo parecido le había escuchado decir sobre L. F. Céline.

–No –repuso sin inmutarse–. Céline es el mejor escritor de Francia después de Chateaubriand; pero el mejor novelista es Simenon. Y créame que menciono a Balzac haciendo de lado ciertas reservas que tengo sobre su detestable francés. (*Amirbar*, p. 184)

¹³ Otro breve ejemplo, perteneciente a la misma obra, permite subrayar el eco de su cultura clásica española, aunque aquí aludida en un contexto más agitado: «La temporada de las lluvias llegó y el que fuera un idílico remanso de églogas de Garcilaso se convirtió en una hora en un torrente de barro que arrastraba árboles destrozados» (p. 116).

Más que la eventual pertinencia de estas valoraciones, importa resaltar lo que implican como cultura literaria por parte de alguien tan parco en sus apreciaciones estéticas como lo es Maqroll. Obsérvese también el predominio de la cultura francesa en su biblioteca mental¹⁴, algo que se confirmará plenamente en su biblioteca de viajero, ya sea en cuanto a temas históricos o literarios.

Anaqueles para la historia

Según leemos en *Abdul Bashur* (p. 218) y se confirma a lo largo de la serie, «Maqroll fue un lector devorante, sobre todo de páginas de la historia y de memorias ilustres»: lo descubrimos en un barco rumbo a Port-Said embebido en un libro de historia bizantina o «abstraído, en uno de sus ratos libres, en un erudito tratado sobre la Guerra de Sucesión de España» (*Amirbar*, p. 91). En otras ocasiones, es una referencia ocasional la que nos muestra su familiaridad, probablemente basada en lecturas previas, con personajes o hechos del pasado, como la motivada por las arbitrariedades de la burocracia francesa,

que me hacen recordar siempre al temible Colbert, a quien Madame de Sevigné llamaba *le Nord*, y a su imperio oficinesco que prevalece aún en ese país con tenacidad superior a todo lo imaginable. (*Tríptico...*, pp. 394 s.)

La principal biblioteca (en el sentido de recinto de conservación y lectura de libros) citada en *Empresas y tribulaciones* con algún detenimiento se consagra precisamente a temas históricos¹⁵. Es la de

¹⁴ Notemos que no faltan referencias a otras culturas como la oriental (*Las mil y una noches* en *Amirbar*, p. 161) o la clásica griega («me hizo pensar en Perséfone recorriendo el Hades», *ibid.*, p. 147), pero son minoritarias.

¹⁵ La otra, que acaso no merezca tal nombre, puede ser la de Mosén Avelí, un canónigo amigo de Maqroll: en su desván conserva una serie de libros entre los que el Gaviero encuentra el ya citado anteriormente por nosotros: *Verídica estoria de las minas...* (*Amirbar*, p. 100).

mossèn Ferrán, párroco de Pollensa, amigo y protector del Gaviero: «una amplia habitación cuyas paredes tapizadas de libros sólo mostraban un breve espacio en blanco en donde había un nicho de piedra con un hermoso crucifijo de marfil [...] allí albergaba auténticos tesoros, casi todos dedicados a la historia de Mallorca». Y añade el Narrador:

En mi recorrido por los estantes me había acompañado el Gaviero. Por sus comentarios pude darme cuenta de que buena parte de aquellos libros le era familiar y de que su lectura había ocupado las largas horas de ocio que le dejaba su oficio de velador de astilleros abandonados. (*Tríptico...*, pp. 434 s.)

A continuación el propio Maqroll nos precisa que esas lecturas se alternan con incontables coloquios entre él y mossèn Ferrán sobre la Edad Media en Mallorca y en el Mediterráneo¹⁶.

Así pues, el Gaviero es un usuario compulsivo más que un coleccionista perseverante. Además, no poseyendo apenas libros, funciona como una biblioteca ambulante para lectores de varios mares y continentes: Maqroll cuenta y discute sus lecturas (con sus compañeros de trabajo, con Jamil, Dora, mossèn Ferrán, el Narrador, etc.), escribe sobre sí mismo (el diario de *La Nieve...*), se ha convertido en materia libresca para el Narrador (que ha publicado parte de sus andanzas¹⁷) y, superando el ámbito ficcional, es nada menos que el protagonista de las novelas que el lector tiene en sus manos. Estas inciden en un punto central ampliamente subrayado en esta serie: el privilegio de la calidad de la lectura sobre la propiedad del libro; la primera es la realmente significativa, la segunda no deja de ser aleatoria. En otros términos, y volviendo a Bourdieu, lo que

¹⁶ Sabemos también que el Gaviero tiene «una mesa tambaleante llena de libros» en su refugio de Pollensa, «donde lo acompañaban sus libros preferidos que hablaban de guerras ilustres y de guerras olvidadas» (*Tríptico...*, p. 389). Es de suponer que la mayor parte de ellos proviene de la biblioteca del párroco.

¹⁷ Y que, según dijimos, ya han sido leídas por otros personajes del universo ficcional, como el pintor Obregón (*Tríptico...*, p. 356).

llamaríamos aquí el «capital bibliotecario» esencial es el incorporado a la sensibilidad y al espíritu del personaje, el que en definitiva constituye su biblioteca mental. Por ello su biblioteca material puede ser singularmente reducida, con la condición de que posea la capacidad suficiente para regenerar la otra. ¿De qué se compone esa biblioteca y qué puede aportar a nuestro impenitente viajero?

La biblioteca material

Como en el *Quijote*, también en las *Empresas* asistimos a un «donoso escrutinio» de libros o, mejor dicho, de las lecturas preferidas de Maqroll. El Narrador les consagra un apéndice, «Las lecturas del Gaviero», situado al final de *Amirbar* (pp. 181-184). Además de las referencias ya señaladas a Simenon, Céline o Balzac, aparecen allí cuatro libros: *Mémoires du Cardinal de Retz*, *Mémoires d'Outre-Tombe* (Chateaubriand), «la obra de Émile Gabory sobre las guerras de la Vendée» y «las cartas y memorias del Príncipe de Ligne». Sin embargo, para el conocedor del conjunto de la serie, esta relación resulta incompleta: el Narrador olvida dos textos que también figuran en la biblioteca esencial del Gaviero: *Saint François d'Assise*, de Johannes Joergensen y *Enquête du prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis duc d'Orléans*, de Pierre Raymond. Si la lista de textos es sorprendente, su contenido no lo es menos. En cada caso presentaremos el libro antes de pasar a la valoración del mismo por Maqroll y por nosotros¹⁸.

Mémoires du Cardinal de Retz

Este es el libro que el Narrador cree haber visto siempre en manos del Gaviero: «Por cierto, se trataba de la bella edición hecha en 1719 en Amsterdam por J. F. Bernard y H. de Sauzet en cuatro volúmenes.

¹⁸ Por necesidades de espacio, dejamos de lado el texto de Chateaubriand: es quizás el de más fácil acceso y, por otra parte, el interés (incluso el entusiasmo) de Maqroll se limita a la calidad de su prosa.

Uno de ellos iba siempre con Maqroll [en un bolsillo de su chaquetón de marino] y los demás reposaban en su eterna bolsa de viajero» (*Amirbar*, 181)¹⁹. El Gaviero justifica su apego a él con un entusiasmo inhabitual: «Es el libro más inteligente que se ha escrito jamás». Ante el asombro del Narrador, añade: «Nadie ha mentido con tanta lucidez para defenderse ante la historia y, al mismo tiempo, relatar las más desvergonzadas y peligrosas intrigas con una claridad y distancia que hubiera envidiado Tucídides» (p. 182).

Jean-François-Paul de Gondi, arzobispo de París y cardenal de Retz (1613-1679), fue en realidad uno de los principales animadores de la Fronda, auténtica guerra civil francesa (1648-1653) contra el poder absoluto de la monarquía bajo Richelieu y Mazarino. Gondi es uno de los destacados a la hora de la reacción. Afirma haber participado en un complot para liquidar a Richelieu, a quien combatió como individuo más que como político (y cuya grandeza admira, no así a Mazarino, con el cual parece haber rivalizado para obtener su puesto). Poseído de su valía (cuna, inteligencia, capacidad retórica y de intriga), desprecia el vil dinero y sueña con la gloria de las armas. Ya desde el principio de su carrera cardenalicia, Retz confiesa estar decidido a «faire le mal par dessein, ce qui est sans comparaison le plus criminel devant Dieu, mais ce qui est sans doute le plus sage devant le monde»²⁰. Según Simone Bertière, pertenece a ese tipo de personas que «à défaut de guerre étrangère, pour servir d'exutoire à leur agressivité, ils se jettent dans la guerre civile, et il leur arriva même, comme lors de la Fronde, de se partager entre l'une et l'autre»²¹.

¹⁹ Ese libro y esa edición existen (al igual que el resto de su biblioteca): *Mémoires du Cardinal de Retz, nouvelle édition augmentée de plusieurs éclaircissements historiques et de quelques pièces du Cardinal de Retz et autres, servant à l'histoire de ce temps-là*. A Amsterdam, chez J. F. Bernard et H. de Suzet, MDCCXIX, vol. in-18.

²⁰ Cardinal de Retz, *Mémoires précédés de La Conjuration du Comte de Fiesque*, edición de Simone Bertière, París, Garnier, 1998, p. 276.

²¹ «Introduction», a su edición de *Mémoires*, p. 17.

La Fronda fracasa y con ella las pretensiones de Gondi, que será encarcelado, deberá huir del país y morirá recluido en sus posesiones. El balance de la confrontación será, por un lado, negativo: una guerra civil que sofoca las aspiraciones del pueblo y un reforzamiento del absolutismo que retrasa en siglo y medio la llegada de la Revolución francesa. En cuanto a la parte positiva, hay al menos un elemento: las *Memorias* del cardenal de Retz, calificadas como «un des plus grands textes de la littérature française»²² por su capacidad de manipulación de los recursos de la lengua y del dominio de su eficacia retórica. Hoy el libro nos sigue cautivando como relato de aventuras, de intrigas amorosas, de confabulaciones políticas y religiosas de alto vuelo organizadas por una mente calculadora, cínica y singularmente brillante²³. Retz es un excelente conocedor de la psicología humana, de lo que mueve a individuos y colectividades, ya sean crímenes o pequeñas traiciones, y lo muestra con un tono de conversación mundana, con un vocabulario elegante y amplio, con máximas y observaciones aceradas que él lanza orgulloso de su brillantez aun a costa de los riesgos que suponen; baste un ejemplo: «M. le cardinal de Richelieu n'avait aucune grande qualité qui ne fût la cause ou l'effet de quelque grand défaut» (*Mémoires*, p. 267), frase demoledora que llegó a oídos del interesado, con el efecto imaginable.

En definitiva, si bien Gondi obtuvo triunfos notables (entrada en la Sorbona, cardenalato, elección del papa), sus grandes empresas acabaron en fracaso (derrota de la Fronda, no conseguir liquidar a Richelieu, seguir en una profesión, la eclesiástica, que odiaba), aunque él no admitió que fuera por error suyo: afirmaba haber actuado de acuerdo con la razón pero sin poder doblegar la fortuna, instancia para él decisiva en las empresas humanas, y vio en los caprichos del azar la explicación de sus derrotas. No obstante, la

²² *Ibid.*, p. 47.

²³ Un ejemplo de su capacidad de intriga, en este caso en el seno de la Iglesia, es la elección del papa Alejandro VII (el cónclave duró 80 días; ver. pp. 1163-1186): al recibirlo, el nuevo papa reconoce que le debe su elección: «Signor cardinal de Rais, ecce opus manuum tuarum» (*Mémoires*, p. 1185).

gloria que le faltó en la acción política quizás la haya conquistado narrando su fracaso en un texto que renovó la escritura autobiográfica en Francia: constitución de un pacto biográfico que no desdeñaría el mismo Lejeune, omnipresencia del destinatario, valor generalizador de la anécdota, interpretaciones sucesivas de los mismos hechos, juego logrado entre narración y diálogo, comentario metatextual sobre su propia escritura, entre otros elementos, han hecho de estas memorias una obra irrepetible en la historia literaria.

¿Cuál pudo ser el atractivo para el Gaviero de la lectura repetida de libro? Él mismo parece darnos la clave: ya vimos que aludía a la capacidad de Gondi para ofrecer su particular versión de la historia y su distancia ante los hechos para narrarlos con una perspectiva digna de Tucídides o superior a ella. Pero no nos conformemos con las palabras del personaje; conociendo su trayectoria y su sensibilidad, admitamos el atractivo del propio asunto: intrigas, pasiones, glorias y mezquindades de los seres humanos aunque sean (o acaso también por ello) de la más alta condición. Quizás también, la lengua del relato: precisa o alusiva según la ocasión, dotada de múltiples recursos retóricos pero siempre elegante y con un equilibrio expresivo digno de los autores clásicos, a los que el cardenal merece pertenecer. Posiblemente, la época: culta, brillante, irrepetible, poblada de personalidades excepcionales, sacudida por grandes convulsiones a la altura de tales personalidades y, por ello mismo, dignas de ser contadas. Y aunque parezca extraño, ciertos paralelismos entre Gondi y Maqroll: una existencia marcada en ambos por la presencia del azar (fortuna, casualidad o destino) como instancia decisiva en la trayectoria humana; también por la errancia como experiencia vital (por diversos países de Europa, al caer Gondi en desgracia; a lo largo de buena parte del planeta en Maqroll); y sobre todo por la conjugación en los dos de algunas victorias con abrumadores fracasos (las aventuras del Gaviero suelen concluir en ellos, las de Gondi también), conjugación que parece ser un signo de la historia, si no para todos los individuos al menos para una clase de ellos, en la que se incluyen tanto el cardenal de Retz como Maqroll el Gaviero.

Saint François d'Assise

Escrita por el danés Johannes Joergensen, la *Vida de San Francisco de Asís* en traducción francesa es el segundo de los libros imprescindibles en la biblioteca del Gaviero²⁴, que lo suele leer abriendo una hoja al azar; tal es su familiaridad con el texto y tal el atractivo que halla en cualquiera de sus páginas: esa lectura «aliviaba sus pesares con eficacia infalible. Una sonrisa corría de vez en cuando por su rostro», leemos en *Un bel morir*, mientras su acompañante, «El Zuro lo miraba con asombro, sin atreverse a interrumpirlo»²⁵.

La personalidad de Joergensen (Svendborg, 1866-1956) ayuda a entender el tipo de libro que tanto atrae al Gaviero: primero darwinista convencido, entra luego en una crisis que le lleva a viajar por diversos países de Europa. En particular su visita a Asís (1895) acabará provocando su conversión al catolicismo y, sobre todo, un entusiasta fervor por la personalidad del *Poverello* de Asís. Aunque autor de diversas publicaciones literarias e historiográficas, será la biografía de San Francisco la que le procure un mayor reconocimiento internacional: partiendo de una documentación sabiamente dosificada, el texto nos introduce en lugares, personajes y ambientes, con la vivacidad y maestría de una lograda ficción literaria. Para apreciarlo, basta citar el principio de la obra:

Una mañana, hace de esto setecientos años, en la villa de Asís, un joven, que empezaba a renacer de una larga y grave enfermedad, se despertó de su sueño.

²⁴ Se trata de *Saint François d'Assise. Sa vie et son œuvre*, publicada en 1907 por Johannes Joergensen y traducida al francés por Teodor Wyzewa. La edición que hemos consultado está impresa en París por Perrin et Cie, Libraires-Éditeurs, en 1913. Álvaro Mutis se refiere a este libro, al encontrarlo en la biblioteca del arquitecto Luis Barragán, en *De lecturas y algo de mundo*, Barcelona, Seix Barral, 2000, pp. 114 s.

²⁵ *Un bel morir*, p. 245. Ver también, pp. 215, 233, 238, 245, 273, 305 y 312.

Las ventanas de su habitación estaban todavía cerradas; sin embargo, fuera, a pesar de lo matinal de la hora, la luz era ya muy viva y hacía tiempo que habían tocado las campanas para la primera misa, en la iglesia de Nuestra Señora. (p. 2)

El autor, que comparte con su biografiado la experiencia de la conversión, insiste en el aspecto humano del personaje: entramos en sus pensamientos, escuchamos sus diálogos, «vemos» sus gestos, admiramos la constancia de sus convicciones y compartimos sus momentos de desaliento y de derrota (cuando se le denigra, cuando está en peligro de muerte, en los conflictos con la jerarquía de la Iglesia, etc.²⁶). Por otro lado, Joergensen no vacila en narrar experiencias propias, como la comida de un día en Subiaco, para imaginar lo que podría ser la juventud en tiempos del Santo (pp. 18-19) e incluso «reproduce» un intercambio verbal entre éste y el Cristo crucificado, particularmente eficaz para la continuidad de su obra (pp. 55-56). No olvidemos tampoco su entusiasta presentación y comentario del célebre «Cántico del hermano Sol», al que dedica todo el capítulo VI del cuarto libro: la sensación de autenticidad de situaciones, ambientes y sentimientos (como el de armonía entre el hermano Francisco y la naturaleza) preside la narración de la vida del Santo de Asís.

Lo anterior viene transmitido en una prosa evocadora, de ritmo amplio y pausado, como recreándose en cada breve secuencia: el lector tiene la sensación de respirar tras cada frase, mientras sigue en sus oídos el eco de la anterior. Se comprende, pues, que la evocación de un mundo iluminado por la imagen apacible del hermano Francisco permitiera al Gaviero «borrar el presente con sus absurdos episodios de los que se sentía por completo ajeno»²⁷.

Sin embargo, la lectura como mera evasión no basta para explicar el apego de Maqroll a este libro. En efecto, varios son los paralelis-

²⁶ Ver, por ejemplo, el capítulo II del libro segundo: «El derecho de predicar», pp. 110-140.

²⁷ *Un bel morir*, op. cit., p. 273. Ver también, pp. 238 y 305.

mos llamativos entre ambos personajes: tenemos, en primer lugar, la correspondencia entre modo de pensar y de vivir. Cada uno posee su particular visión de la vida y de su lugar en ella y ha roto con su medio original (lugar de nacimiento, marco familiar y social) para entregarse a sus convicciones pagando íntegro el precio que una independencia irrenunciable puede conllevar²⁸. En segundo lugar, aun siendo muy distintos sus caminos, los dos adoptan la errancia como medio de relación con el mundo; en el caso de Francisco de Asís, como estrategia de predicación y de conquista de almas; en el de Maqroll el Gaviero, como manera de soportar la existencia. En tercer lugar, el rechazo de la sumisión a imperativos económicos: el *Poverello* por su voto de pobreza absoluta, el Gaviero por sus reticencias a toda forma de acumulación monetaria, que le llevan a una mendicidad soportada estoicamente (y de la que siempre termina saliendo por iniciativa propia o de sus allegados). Se puede incluso precisar que el comportamiento de los dos protagonistas no siempre es entendido por los demás, lo cual les ocasiona serias contrariedades que ponen a prueba su independencia pero que no les apartan de ella. En cuarto lugar, y en consonancia con el punto anterior, el exquisito interés con que ambos cuidan su relación con el otro: en cierto sentido, los dos son unos auténticos devotos de la fidelidad y de la entrega a los demás (al otro universal, en San Francisco; al otro próximo, en Maqroll). Finalmente, el deseo de armonía con la naturaleza: al santo italiano se la ha podido reprochar en este punto cierto panteísmo (ver en Joergensen el capítulo citado en torno al «Cántico del hermano Sol»). En Maqroll, los momentos de mayor intensidad emotiva surgen de un sentimiento íntimo de armonía con el medio natural, según lo expresa en su diario de viaje:

²⁸ «La vie de tout homme n'est que le fruit de sa volonté intime», comenta Joergensen sobre la ruptura de Francisco con su familia para seguir su propio camino (*op. cit.*, p. 70). Según muestra la serie maqrolliana, se diría que el Gaviero también ha asumido ese pensamiento como guía para su propia existencia.

Ante el espectáculo de esa cadena de montañas opacadas por el tono azulino del aire, siento subir del fondo de mí mismo una muda confesión que me llena de asombro y que sólo yo sé hasta dónde explica y da sentido a cada hora de mi vida: «Soy de allí. Cuando salgo de allí empiezo a morir». [...] mi verdadera morada está allá, arriba, entre los hondos barrancos donde se mecen los helechos gigantes, en los abandonados socavones de las minas, en la húmeda floresta de los cafetales vestidos con la nieve atónita de sus flores o con la roja fiesta de sus frutos [...]. De allá soy, y ahora lo sé con la plenitud de quien, al fin, encuentra el sitio de sus asuntos en la tierra. (*La Nieve...*, pp. 71 s.)

En resumen, el Gaviero posee una visión del mundo y tiene un comportamiento que le es particular (y que mantiene sin concesiones), vive al filo de las condiciones mínimas de subsistencia, suele ser incomprendido (aunque pueda despertar admiración) por la inmensa mayoría y a veces le cuesta mantener a flote no sólo su vida sino también su confianza en la humanidad. Se comprende entonces su necesidad de sentirse acompañado (casi diríamos ‘en comunión’) por el venerable predicador de Asís: al menos durante el tiempo de lectura, se actualiza la impresión de que le es posible sentirse en continuidad con alguien que le ha precedido en más de siete siglos y que, salvadas las distancias (marcadas en uno por la fe en Dios y en el otro por la confianza en el Azar), vienen a compartir un valor fundamental: la pasión por la autenticidad. Claro está: hemos dicho ‘impresión’ porque Maqroll no ignora que lee un texto en buena medida ficcional y por lo tanto, para renovar la impresión, ha de volver con regularidad a sumergirse en sus páginas y «creer» mientras las recorre con una adicción gozosa e inagotable.

Les Guerres de Vendée

Es otro de los libros que el Gaviero saborea con regular asiduidad (condición para formar parte de su biblioteca viajera). Escrito por el historiador francés Émile Gabory entre 1912 y 1932, trata de los enfrentamientos, unas veces directos y otras larvados, que opusieron

a los vandeanos con el poder central y sus aliados en esta región del oeste francés. Salpicados de alianzas y discordias internas, de levantamientos (1796, 1815, 1832) y represiones periódicas, fueron una suerte de guerra civil que marcó la historia de la Vendée durante casi cuarenta años, tuvo por momentos carácter de auténtica epopeya e hizo intervenir a primeras figuras del teatro político nacional como el propio Napoleón, incapaz de solucionar definitivamente la contienda²⁹.

Escrita inicialmente en cuatro volúmenes y asentada en una sólida documentación, la obra no fatiga por una erudición realmente densa. Al contrario, según Xavier du Boisrouvray en su introducción a la edición consultada, el libro

[...] se lit d'un trait, grâce à la clarté du plan, au don de faire revivre les événements sans grandiloquence, avec, par moments, des raccourcis saisissants, des évocations lumineuses qui élargissent le sujet [...]. Le style est vigoureux, alerte, imagé, faisant parfois état du langage des paysans révoltés. Il est imprégné de classicisme : la phrase est courte, bien balancée, obéissant à un rythme et à une progression³⁰.

Maqroll justifica su interés por el libro a partir del «rigor, minucia y el ponderado criterio histórico» con que Gabory estudia «uno de los episodios más complejos, accidentados y recorridos por extrañas

²⁹ La figura del emperador francés ha ejercido cierto atractivo sobre Mutis. Recordemos su relato breve «Historia y ficción de un pequeño militar sarnoso», en *La mansión de Araucaíma y cuadernos del palacio negro*, Madrid, Siruela, 1992, pp. 152-162.

³⁰ Émile Gabory, *Les Guerres de Vendée : La révolution et la Vendée, Napoléon et la Vendée, Les bourbons et la Vendée, L'Angleterre et la Vendée*, París, Robert Laffont, 1989, pp. IV s. El título que encontramos en *Amirbar* corresponde a esta edición. Puede que sea la leída por Mutis: *Amirbar* aparece en 1990 y es extraño que no se la cite en ninguna de las novelas anteriores, siendo uno de los libros preferidos del Gaviero: «me acompaña desde hace tantos años» (p. 174) y es «una de sus más asiduas lecturas» (p. 183). Pero en el dominio de la ficción es perfectamente posible que una criatura imaginaria haya leído libros antes de ser publicados en la vida real...

corrientes de origen incierto, de una época tan rica en tal clase de manifestaciones». El Gaviero incluso diserta ampliamente sobre «su gusto [de los Borbones] por el ejercicio directo del poder y el consiguiente juego de la intriga política», sobre su capacidad para aprovechar las debilidades y ambiciones de sus súbditos y sobre la reiterada incompetencia de una parte de la familia para gobernar (Luis XVI en Francia, Fernando VII en España, entre otros), lo que les llevará al cadalso o al exilio³¹. Otra justificación dada también por Maqroll coincide con la señalada por Boisrouvray: la calidad de una escritura, que «me introduce en los laberintos de la historia con la amable ligereza con la que deben contarse las anécdotas galantes» (*Amirbar*, p. 100), es decir, una plasticidad casi visual para representar vidas, ambientes, y acontecimientos como el novelista más imaginativo podría hacer (algo que ya notamos en la biografía de Joergensen sobre San Francisco). La tercera explicación ya no se refiere al libro sino a la época: el siglo XVIII, el más lúcido y exquisito de la Europa occidental, según el Gaviero, por el peso que aún tienen en él nociones como razón, equilibrio, buen gusto y cultura. Las tres explicaciones nos parecen plausibles y complementarias dado que inciden en el mismo punto: el apasionado interés de Maqroll por la historia.

Mémoires et lettres du Prince de Ligne

Charles-Joseph de Ligne (1735-1814), príncipe de familia wallona, lucha en el ejército austriaco, se cubre de gloria durante la Guerra de los siete años, combate por Catalina de Rusia contra los turcos y recorre Europa en múltiples funciones militares y diplomáticas. Amigo de celebridades como Beaumarchais, Voltaire y Rousseau, admirado por Goethe, Talleyrand o Metternich, motiva el siguiente elogio en Madame de Staël:

³¹ *Amirbar*, todas las citas en p. 174. El comentario sobre la familia de los Borbones, en p. 175.

Le Maréchal Prince de Ligne a été reconnu par tous les Français pour l'un des plus aimables hommes de France ; et rarement ils accordaient ce suffrage à ceux qui n'étaient pas nés parmi eux. Peut-être même le Prince de Ligne est-il le seul étranger qui, dans le genre français, soit devenu modèle, au lieu d'être imitateur³².

Si estas palabras pueden deberse en parte a una amistad personal, no es el caso de la valoración, con cierto aire de balance histórico, de Paul Morand al comentar el entierro del príncipe en Viena: «Il est le XVIII^e siècle incarné [...]. Au Congrès de Vienne, l'Europe croyait ne suivre que l'enterrement du maréchal de Ligne [...]. Elle assistait, sans le savoir, à ses propres funérailles» (p. 817).

Esta personalidad política de altos vuelos que propone a Catalina de Rusia una coalición general contra la Francia de la revolución, este cosmopolita entusiasta («J'aime mon état d'étranger partout»), tiene sin embargo la literatura como una de sus grandes pasiones y no duda en recluirse para escribir sus memorias. Acaso lo más atractivo de ellas sea su visión de las grandezas y de las vilezas humanas, expresada en forma de juicios, cuestionables o no, pero siempre llamativos por su contenido o por la forma, provocadora sin dejar de ser distinguida, como son enunciados³³. Si bien los suele emitir con singular laconismo (« Malheur aux gens qui n'ont jamais tort; ils n'ont jamais raison », p. 704), demuestra ser capaz de matices inesperados (« J'aime les gens d'esprit qui sont bêtes; leur bêtise est toujours aimable et bonne; craignons les sots », p. 682) y no vacila en afirmar sus preferencias por las formas condensadas y con sustancia: « J'aime mieux la plus petite pensée nouvelle, morale,

³² Mme de Staël en la introducción a su edición de *Lettres et pensées du Maréchal Prince de Ligne* (París, 1809), cita extraída de la edición que hemos consultado: Prince de Ligne, *Mémoires, lettres et pensées* (ed. de Alexis Payne), París, François Burin, 1989, p. 471. No es la «bella edición hecha en Bruselas en 1865» que posee Maqroll (*Amirbar*, p. 183).

³³ Como muestra, valga este ejemplo: «L'indifférence pour la gloire ne peut être que jouée. Elle est incompatible avec l'élan du génie qui fait voler à la victoire» (*ibid.*, p. 691).

consolante, humaine, gaie, douce, agréable, que tout Rollin³⁴. Une phrase de deux lignes, où il y a des vues et de l'imagination, est préférable à la bibliothèque des savants » (p. 701).

En este libro «se aprende mucho sobre la gente, en especial sobre las mujeres», según comenta con humor el Gaviero a la afable dueña de la pensión donde se hospeda (*Un bel morir*, p. 215). Tampoco hay duda de que le atrae su «lección de buenas maneras, de sereno escepticismo y de cínico enjuiciamiento de las mudanzas que impone la política» (*ibid.*, p. 289), lo mismo que el refinamiento y la sobriedad de su prosa, así como la fantasía y la cultura de su autor: «el más cumplido ejemplo de gran señor que haya dado Europa» (*Amirbar*, p. 183). Pero también hemos de añadir que ese personaje comparte más de un punto con Maqroll, por muy alejadas que hayan estado sus existencias³⁵: los dos llevan unas vidas singularmente agitadas (riesgos de prisión y de muerte, ocultamientos, huidas, errancia por múltiples países), conocen los más diversos tipos de personas y de comportamientos, y tienen una visión más bien desencantada del ser humano. De nuevo, como en el caso del *Poverello* de Asís, el Gaviero puede sentirse en consonancia con alguien que, de algún modo, le ha precedido en sus tribulaciones; en este caso, aún con más pertinencia, puesto que la distancia histórica es aquí bastante menor. Quizás ello pueda hacer buena la afirmación del Narrador respecto a esas memorias como «el libro que le servía para salir con mayor eficacia de sus caídas de ánimo en las horas negras» (*ibid.*).

³⁴ Charles Rollin (1661-1741), profesor de retórica en el Colegio Real y rector de la Universidad de París, es autor de diversas obras de pedagogía y de historia antigua, de gran reconocimiento público.

³⁵ Nos referimos aquí a un triple tipo de separación: cronológica (dos siglos), social (pertenencia a sectores muy distintos) y... de universos: ficcional en Maqroll, extraficcional en Ligne.

Enquête du Prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis Duc d'Orléans

Este libro ocupa una situación particular en la biblioteca maqrolliana: ausente de la selección del narrador antes citada, no tenemos noticia directa de su continuidad entre las pertenencias del Gaviero. Sí sabemos que lo conserva después de su lectura para investigar datos en él no aclarados, entre otros motivos «por los remilgos del autor» (*La Nieve...*, p. 72). Esa expresión puede indicar que, si bien el libro le ha interesado, no figura entre sus preferidos. Por otro lado, el Narrador halla esta obra en una librería de viejo de Barcelona: cabe suponer que Maqroll terminó separándose de ella en esta o en otra ciudad. Todo ello sugiere que *Enquête du Prévôt* posee una situación particular (y temporalmente limitada) en su biblioteca viajera. Sin embargo, es este el único texto que vemos leer al Gaviero a lo largo de casi toda una novela, reflexionando sobre su contenido y prometiéndose volver sobre él; es también de los que van más lejos en la historia (narra un hecho de 1407), por lo que el alcance de sus posibles enseñanzas tiene una dimensión quizás mayor.

El libro narra el asesinato, el 23 de noviembre de 1407, del duque de Orléans [*sic* en Mutis], único hermano del rey de Francia Carlos VI, y la investigación consiguiente hasta el descubrimiento de su instigador (Juan sin Miedo, duque de Borgoña y primo del asesinado)³⁶. La consecuencia fue una guerra civil durante dos generaciones entre Borgoñones y Armagnacs seguida de otra guerra contra los ingleses, circunstancias que condicionaron el final de la Edad Media en Francia. Según afirma un investigador moderno de aquellos hechos: «Dominant le présent de plusieurs générations, le meurtre du duc d'Orléans est bien un des [plus] importants événements de l'histoire de France»³⁷.

³⁶ Pierre Raymond, *Enquête du prévôt de Paris sur l'assassinat de Louis, duc d'Orléans*, Biblioteca de l'École de Chartres, 1865: es la edición leída por el Gaviero y adquirida después por el Narrador.

³⁷ Bernard Guenée, *Un meurtre, une société. L'assassinat du duc d'Orléans. 23 novembre 1407*, París, Gallimard, 1992, p.15.

Maqroll se muestra particularmente sensible a la descripción de vanidades, conspiraciones, intrigas y violencias sin fin, y a las consecuencias del magnicidio: «[Juan sin Miedo] condenó su propia raza a la inevitable extinción. Qué lástima. Un reino de Borgoña tal vez hubiera sido la respuesta adecuada a tantas cosas que luego llovieron sobre Europa en una secuencia de maldición inapelable» (*La Nieve...*, pp. 49-50). Pero lo que le descorazona sobre todo es la repetición de esos comportamientos hasta el día de hoy y en todos los niveles sociales: «En cualquiera de las miserables rancherías que hemos ido dejando atrás, conviven un Juan sin Miedo y un Luis de Orléans [...]. Hay una monotonía del crimen que no es aconsejable frecuentar ni en los libros ni en la vida. Ni siquiera en el mal consiguen los hombres sorprender o intrigar a sus semejantes» (p. 61).

Estas reflexiones tienen toda su importancia: por un lado, muestran cómo la opinión que del ser humano se hace el Gaviero no sólo se apoya en su propia experiencia de vida sino también en un selecto capital de cultura nutrido por el conocimiento y la reflexión sobre la historia de la civilización occidental³⁸. Por otro lado, poseen un especial valor de autenticidad dado que vienen de primera mano: no están relatadas por terceras personas sino escritas (y conservadas) por su propio autor en su diario de viaje. Por lo tanto, corresponden al pensamiento más profundo y reflexivo de Maqroll. Finalmente, no es casual que aparezcan en la primera novela de la serie, orientando en

³⁸ Añadamos que la pasión lectora del Gaviero va más allá en el tiempo: su amigo Bashur comenta, en el viaje de ambos a Tierra Santa que Maqroll, «estaba embebido en el libro de Gustave Schlumberger sobre Nicéforo Phocas» (*Abdul Bashur...*, p. 273). Se trata de *Un empereur byzantin au dixième siècle: Nicéphore Phocas* (publicado en 1890; hemos consultado la edición de E. de Boccard, París, 1923), que recoge la vida de este gobernante, guerrero ilustre, uno de los mejores estrategas de la Edad Media, que muere asesinado, víctima de las intrigas palaciegas y de la traición de sus familiares (pp. 621-632). Tanto el argumento como la técnica narrativa, llena de vivacidad y detallismo, recuerdan el tono de los libros preferidos de Maqroll.

cierto modo el resto que vendrá a confirmar lo enunciado en esta primera entrega.

Conclusiones (muy) generales

Terminemos exponiendo unas breves consideraciones. Las cuatro primeras se refieren al ámbito general de la biblioteca; las cuatro últimas están más directamente relacionadas con Maqroll el Gaviero, el personaje que ha servido de hilo conductor de estas páginas.

1° Una biblioteca no se identifica necesariamente con una colección expansiva de libros: también puede basarse en una selección rigurosa de ellos. Lo que prima, en definitiva, no es la cantidad de volúmenes sino la calidad de la lectura.

2° Una biblioteca (y en particular la biblioteca mental) es una manera de constituirse la propia identidad: como lo ejemplifica nuestro protagonista, de quien no conocemos el origen, más que el patrimonio que la nacionalidad otorga arbitrariamente, importa el capital cultural que los individuos se procuran y desarrollan de forma autónoma.

3° Entre otras variantes que intervienen en la lectura, el marco donde se realiza modifica sensiblemente su percepción (no es lo mismo leer *El corazón de las tinieblas* cómodamente en el salón de casa que atravesando el río protagonista de la novela conradiana). La «sala de lectura», que en un sentido amplio viene a ser el espacio-mundo, interviene activamente pero no sólo en la lectura del libro: ella misma será percibida de modo distinto si el libro nos ha impactado.

4° Las consideraciones anteriores sugieren la pertinencia de las siguientes categorías o distinciones (no excluyentes entre sí) para el estudio de este campo:

- tipos básicos de biblioteca: material y mental (no se oponen necesariamente pero el estudiarlos por separado clarifica la investigación);
- planos de la biblioteca: real (el libro existe de hecho en la realidad extraficcional), ficcional (exista o no en la realidad externa, está integrado en el mundo ficcional) e imaginario (se encuentra sólo en el universo de la ficción);
- espacios bibliotecarios: un recinto fijo, acumulativo, físicamente independiente, o un cuerpo móvil, selectivo y unido a su lector (en función del cual existe y cobra sentido);
- estatutos de lector: el usuario o lector real (el que convierte el libro en capital cultural incorporado) y el acumulador o lector potencial (en cuanto poseedor del libro como capital cultural objetivado);
- motivos de lectura: utilitarios y de celebración (de re-encuentro gozoso con el mismo libro; se establece así una sucesión diacrónica: lectura, marca o huella en el lector, relectura);
- circunstancias de lectura: las internas al lector (fatiga, estado anímico, etc.) y las derivadas del medio, que influyen y convierten cada lectura en una nueva experiencia.

5° Todos los textos de la biblioteca material aquí estudiada, así como otros externos a ella, están vinculados a la cultura francesa (el único de asunto diferente es leído en esta lengua). Tal vez ello indique la consideración de esta cultura como el paradigma de la civilización occidental y, por consiguiente, lo que se tematiza a propósito de la primera es extensible al conjunto de la segunda.

6° Impregnarse de textos de la historia pasada no supone necesariamente la evasión o el olvido de la actualidad (aunque así lo sienta quien lo hace, como el mismo Gaviero); puede significar, por ejemplo, una puesta en perspectiva del presente à través del pasado, un modo de situarse en una determinada trayectoria histórica a partir de ciertos precedentes (personajes, situaciones, problemáticas, etc.), un intento de poner a prueba intuiciones o tesis a propósito de la

historia y de sus protagonistas (características del ser humano en sociedad, la constitución y cuestionamiento de jerarquías, etc.).

7° En principio, el destino de todo personaje literario es convertirse, como el soporte que lo contiene, en elemento serial de biblioteca. Su vocación, en cambio, es no limitarse a formar parte de una biblioteca material sino integrarse, de forma estable, en la biblioteca mental de sus lectores.

8° En la serie de Maqroll, los libros de historiografía (realmente existentes, con autor, lugar y fecha de edición) aparecen doblemente integrados en el mundo de la novela mediante la plasticidad de las descripciones, la animación y vida de sus personajes o la omnisciencia narrativa (privilegio, en principio, del discurso ficcional). Pero, además, esos textos están ficcionalizados por el mero hecho de formar parte del universo novelístico (y para quienes no los han leído son, antes que nada, ficción). Así pues, la novela los ha fagocitado y les ha otorgado o impuesto un nuevo estatuto: ¿qué mejor victoria para la literatura?

Julio PEÑATE RIVERO
Université de Fribourg

